

UN ALEMÁN EN EL MÉXICO DE 1830

Xavier TAVERA ALFARO

SIN LUGAR A DUDAS, por su abundancia de datos y la variedad de perspectivas, los testimonios de viajeros son valioso material, que ha enriquecido la historiografía. ¿Y qué otra cosa, si no este tipo de testimonios, son, desde los primeros años de vida colonial, los libros escritos por frailes viajeros o a veces por inquietos soldados, como Álvar Núñez Cabeza de Vaca? Éstos han venido a ayudar al historiador, al antropólogo o al etnólogo a reconstruir ese orbe nuevo del siglo xvi en el que, por un lado, el fragmentario mundo indígena se va desmoronando ante la expansión conquistadora y, al mismo tiempo, se va modelando una nueva parcela histórica del ser occidental. Y ya en vías de estructuración, esta nueva faceta del Occidente trasplantado, a veces exótico para los mismos occidentales, misterioso y extraño envés de una misma vida, cobra en los relatos de viajeros novedosa visión, nueva experiencia para los hombres propios y extraños.

Este juego ambivalente, este doble descubrimiento que de México ofrecen los testimonios de viajeros se opera mediante el instrumental intelectual utilizado en el enjuiciamiento de lo visto; así, para los naturales de México, el extranjero les redescubre su país, y a su vez el viajero va descubriendo para sí y para los hombres de idéntica cultura el mundo que se ofrece a su vista: un mundo al que trata de entender e interpretar (y cuando no lo logra del todo deja esa tarea a la imaginación); un mundo al cual con gran frecuencia se enfrenta lleno de prejuicios.

Mas cuando el viajero posee una más que mediana educación, el relato cobra un mayor interés, pues al simple mirar las cosas y a la relación que nos hace de esa mirada atónita y curiosa se agrega la reflexión, casi siempre madura, aun

cuando en ocasiones interesada y parcial, como en el caso de Thomas Gage, pero siempre dando ese toque tan personal del testigo.

Tal es el caso de una breve crónica, escrita en forma epistolar por un viajero alemán que visitó México allá por el año de 1830, apenas abierto nuestro país a la vida independiente.* Esta relación sobre México forma parte de un conjunto de cartas (14) escritas por este hombre curioso desde su salida de Alemania y sobre sus contactos con diferentes ciudades del viejo y el nuevo mundos: París, Dover, Londres, Liverpool, Nueva York, Albany, Nueva Brunswick, Filadelfia, Washington y Baltimore. De estas catorce epístolas las dos últimas se refieren a México y, según Juan Ortega y Medina, las cartas de tema mexicano "son las más importantes desde cualquier punto de vista que se las mire, con relación al conjunto" (p. 12).

El viajero autor de este testimonio fue el Dr. Carlos Guillermo Koppe, quien venía a México buscando futuras perspectivas diplomáticas y comerciales entre el gobierno alemán y la nueva república hispanoamericana.

De la lectura de estas cartas se desprenden varias impresiones. El Dr. Koppe parece haber sido un hombre de sólida y vasta cultura y de un sano interés por las cosas de México. También es fácil advertir que no carecía de noticias mexicanas, tal vez adquiridas en las lecturas de Humboldt y algunos otros textos. Además se nota en el viajero un afán por comprender lo que ocurre en México. Ve al país con afecto y optimismo, aun cuando no dejan de colarse algunos prejuicios muy europeos, heredados de las frecuentes deturpaciones hechas durante el siglo XVIII, muy especialmente, por naturalistas y filósofos, como cuando, refiriéndose a una "sabrosísima comida" que le sirvieron en El Encero, camino de Jalapa, exclama: "¡una comida sin lugar a dudas excelente! Pero los guisantes, tengo que deciros, saben mejor en Europa, porque

* Carlos Guillermo KOPPE, *Cartas a la Patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*. Trad., est. prel. y notas de Juan A. Ortega y Medina. Universidad Nacional Autónoma, México, 1955: 144 pp. (Ediciones *Filosofía y Letras*, núm. 4.)

por lo general las legumbres y frutas originarias del Viejo Mundo que se cultivan aquí están en mayor o menor grado degeneradas" (pp. 93-94); mas este prejuicio no se generaliza, como en el caso de otros viajeros o de los científicos dieciochescos, pues más adelante (p. 108) pondera la calidad del ganado vacuno, "harto grande de tamaño... y armado de enormísima cornamenta", y citando a Augusto von Thümel, agrega zumbonamente: "En el Sur todo es más grande y más prolífico, pero por encima de toda ponderación los cuernos de los hombres."

Dotado de sensibilidad, se deja envolver por el paisaje mexicano, por el aire "cargado de aromas" que transporta al hombre a una especie de "estado sibarítico", inundándolo de una "divina y beatífica pereza" (p. 92).

El afán de comprensión de lo mexicano lo muestra sobre todo en la descripción de las costumbres, las virtudes y los defectos de las personas; y aun al hablar de los defectos, no lo hace con el afán de robustecer la soberbia europea, como en el caso de otros viajeros.

Posiblemente no haya en estas dos cartas otra descripción tan leal y perfecta como la que le arranca la ciudad de Puebla de los Ángeles, aquella ciudad que "da por lo extensa una impresión tal vez como la que produce por primera vez Colonia, descontando, claro está, la forma diferente de los tejados" (p. 118). Puebla es, para este viajero, el mejor marco para entretener, en la pura descripción, la fina madeja de las reflexiones. En una perfecta unidad, lo urbano se mezcla con lo social; el autor no deja de advertir, con sorpresa, la situación de privilegio del clero y las milicias, sobre todo del primero de estos cuerpos.

Indudablemente, estas dos cartas constituyen una de las buenas, por no decir magníficas, aportaciones que los viajeros extranjeros han dejado para el mejor conocimiento de la historia mexicana.